



ENTRE EL CRISTAL Y EL HUMO: PARÁFRASIS DE UNA EPISTEMOLOGÍA HETERODOXA

Miguel A. V. Ferreira

Universidad Complutense de Madrid

Me hallo sumido en la más profunda de las perplejidades; la cual viene suscitada, sin duda, por el hecho de que, finalmente, he constatado que la “globalización” es un “hecho” irrefutable. Hasta hace poco no había adquirido, para mí, una condición tan sólida e incuestionable, sino que era algo más bien del orden del discurso (un discurso académico en el que unos y otros tomaban posiciones al respecto, en cuanto a su “veracidad” o no, en cuanto a su bondad o no).

Y si he llegado a esa certeza es debido a la actual crisis económica. Una crisis cuyo desencadenante es de naturaleza financiera y tiene una localización geográfica concreta; y pese a ello, acabará abarcando todas las esferas económicas, más allá de la puramente financiera, y todas las fronteras nacionales de un modo u otro. Mi perplejidad se debe a que, pese a ello, aparentemente no pasa nada, todo está bien. Comenzando por unos discursos políticos que, partiendo de la negación de lo evidente, han ido desplazándose, de manera sigilosa y muy paulatina, hasta llegar (todavía no se ha dado, pero los indicios al respecto lo están anticipando de modo flagrante) al puro catastrofismo.

Como anticipo de lo que, conceptualmente, no sé muy bien cómo desarrollar, quisiera comenzar estas páginas con una cita de Pierre Bourdieu:

«La violencia anexionista (...) puede ejercerse en las relaciones de dominación simbólica entre los Estados y las sociedades con acceso desigual a las condiciones de producción y recepción de lo que las naciones dominantes están en disposición de imponerse a sí mismas (y, por lo tanto, a sus dominados), y de imponer a los demás, como universal en materia de política, derecho, ciencia, arte o literatura. (...) [L]a manera de ser dominante, tácitamente erigida en norma, en realización cabal de la esencia de la humanidad (todos los racismos son esencialismos), tiende a afirmarse con apariencias de naturalidad mediante la universalización que erige ciertas particularidades fruto de la discriminación histórica (las masculinas, blancas, etcétera) en atributos no marcados, neutros, universales, y relega las otras a la condición de “naturalezas” negativas, estigmatizadas (...) [L]as propiedades distintivas del dominado (“negro”, particularmente “árabe”, en la actualidad) dejan de parecer imputables a las particularidades de una historia colectiva e individual marcada por una relación de dominación.

»Y mediante una mera inversión de las causas y los efectos, se puede así “culpar a la víctima” imputando a su naturaleza la responsabilidad de las desposesiones, las mutilaciones o las privaciones a las que se la somete». ¹

La cita pretende hacer expreso cómo un cierto “localismo” intelectual, un “vicio” propio del universo académico (o “escolástico” en la nomenclatura que aplica Bourdieu), el de la pretensión de la universalidad (en origen, del conocimiento), no es sino expresión del privilegio de unos pocos para hacer extensible a muchos algo de lo que sólo ellos están en condiciones de hablar. La universalidad de lo que sea, sólo es tal para aquellos, pocos, que están en condiciones (privilegiadas) para concebir lo universal como característica o condición atribuible a aquello de lo que hablan. La universalidad no es más que una particularidad propia de una élite intelectual (occidental, moderna, y políticamente bien definida). Dicha pretensión trasciende el ámbito de las ideas y es ejercitada en el terreno de la política internacional.

Pues bien, si a las materias de “política, derecho, ciencia, arte o literatura” agregamos la de la economía, y si a las “propiedades distintivas del dominado” añadimos la de pobre, esta crisis económica actual vendría a encajar perfectamente, cual resultado de la forja en un molde, con esa “violencia anexionista” inscrita en las “relaciones de dominación simbólica entre los Estados”. Pues, que me diga alguien qué culpa tengo yo, asalariado de una institución educativa pública española, de que la solvencia financiera de bancos e inversores multimillonarios, en Estados Unidos, Alemania o Suecia se vea actualmente seriamente comprometida... ¡y me quieren hacer creer que sí la tengo y que mi sacrificio ha de contribuir a remediar la situación!

Se nos hace ver como obvio que si el sistema financiero entra en crisis todos saldremos, tarde o temprano, perjudicados, luego hemos de contribuir a salvarlo; yo he de sacrificar parte de mi nómina para que unos cuantos millonarios no dejen de serlo; y los erarios públicos han de “inyectar liquidez” a los bancos. Al final, los bancos, los millonarios y los grandes inversores “sobrevivirán” con heridas leves; los ciudadanos de a pie, contribuyentes, asalariados pagarán la cuota de esa supervivencia (a costa de sus hipotecas, su poder adquisitivo, sus vacaciones... su felicidad).

Hace mucho tiempo que nos hemos olvidado de reflexionar críticamente en relación con la economía. Se ha convertido en un campo de saber experto sofisticado, regulado por leyes propias crecientemente matematizadas; se ha traducido en un universo de índices agregados, expectativas de crecimiento, movimientos de bolsas a nivel internacional, grandes inversiones transnacionales, etc. expresadas y embellecidas por una idealidad publicitaria del “éxito colectivo”. ²

Pero la economía no es más que un espacio de relación humana que existe y pervive gracias a la lógica del beneficio individual y de su maximización. Y no es irrelevante que en este punto coincidan cualesquiera ideologías que tomemos en consideración, sean de corte marxista o tatcheriano. La economía no es un espacio abstracto y lábil que se difumina en nuestra cotidianidad; es el espacio concreto de producción, distribución e intercambio del Capitalismo (que a inicios del siglo XXI, con toda propiedad, hay que nombrar en mayúsculas). Y el nombre, a su vez, tampoco es cuestionado por nadie. Y si no lo es se debe a que el motor, el corazón, el impulsor de ese concreto sistema económico es el Capital. Y bueno, para aquellos que se hayan olvidado, conviene recordar que, en una definición muy sencilla y accesible a cualquiera, capital no es más que dinero que se invierte en el sistema económico con la intención de obtener más dinero como resultado de dicha inversión, es decir, para obtener un beneficio. Si a ello agregamos que capitalista es aquél que dispone

¹ Bourdieu, 1999:98-99.

² Pienso en campañas publicitarias actuales de grandes entidades bancarias que nos dicen, no que son lo que realmente son, los gestores y beneficiarios de nuestro dinero (¿es que alguien lo duda?!), sino los promotores, a través de fundaciones, del bienestar de colectivos desfavorecidos; o los que entienden mejor que nadie, que nosotros mismos, nuestros deseos, o los que saben cual es el futuro que nos conviene.

de capital y lo usa en tanto que tal, podemos pasar a la cuestión de quién está más interesado en que este sistema perviva.

Es cierto que a fecha actual, a poco que uno quiera dejarse subsumir por la ideología que da soporte a ese sistema económico, casi cualquiera puede ser capitalista y por ello, en mayor o menor grado, estar interesado en el mantenimiento de este régimen de funcionamiento económico. Pero no hay que perder la perspectiva: hay ciertos capitales, siempre pequeños, que asumen los riesgos de la inversión: pueden obtener o no el beneficio perseguido. Hay otros capitales, inmensos, monumentales, indecentemente inabarcables que no asumen ningún riesgo; simplemente obtienen, o mucho beneficio, o un poco menos... pase lo que pase. Luego el interés "real" en el mantenimiento del sistema, hemos de presumir, está más bien de un lado que de otro.

Por no hablar de la gran ignorada, la "gente", la infinita mayoría de la población de este planeta; un conjunto igual de indecentemente inabarcable en su magnitud de seres humanos que, simplemente, se mueren todos los días a mayor gloria de quienes se benefician del sistema económico capitalista. Es decir, que podrían seguir viviendo, en lugar de morir, si el interés en el beneficio capitalista no abarcara dimensiones globales, planetarias.³

¿Entienden mi perplejidad? Espero que la vayan perfilando.

La tarea permanentemente postergada

Hace tiempo que la tesis revolucionaria marxiana dejó de tener vigencia. Ese sujeto colectivo de la revolución, el proletariado, no existe (aunque hay que reconocer que en los inicios de la industrialización tenía una existencia objetiva incuestionable; cabe pensar que la bisoñez del sistema económico en sus inicios iba de la mano con la de su potencial destructor). Los lamentables ejercicios políticos de puesta en práctica de dicha tesis no demostraron sino que el presupuesto antropológico de Marx era altamente cuestionable. La autorrealización a través del trabajo, lejos de ser un presupuesto universal de nuestra condición humana, sólo es la condición de existencia posible de quienes no tienen más remedio que trabajar para subsistir; así como la condición de existencia efectiva de quienes subsisten sin necesidad de trabajar (autorrealización a través del trabajo de otros). Las superestructuras tienen su vigencia y su autonomía: quien tiene la capacidad de gestión, simbólica, de la esperanza, tiene el poder. En esto coinciden las actuales economías capitalistas (que venden la esperanza del logro y el mérito personal basado en el esfuerzo y el talento) y las extintas (y a mi modo de ver, imperdonablemente denominadas) economías comunistas.

Hay un hecho que por su persistencia histórica, es decir, por lo evidente de su "realidad", se asume como natural y no modificable: toda colectividad humana, desde los tiempos de los tiempos, se ha basado en la desigualdad. El marxismo pretendía suprimir esa constante histórica; el capitalismo la justifica como fundamento de su constitución (eso sí, pretendiéndonos convencer de que es relativamente "arbitraria", de que en principio cualquiera puede llegar a lo más alto de la pirámide social... y de que merece la pena intentarlo). Esta cuestión está presente en los discursos académicos, es objeto de atención, estudio e investigación. Pero ya no lo es de movilización.

³ A mediados de los años 90, poco más de 300 personas, las mayores fortunas del planeta, acumulaban tanta riqueza económica como el 45% de la población mundial residente en los países más desfavorecidos (Castells, 1996). A fecha actual, sigo siendo incapaz de asimilar ni dar sentido a ese "dato".

En estos tiempos de perplejidad y crisis, reivindico la recuperación de una puesta en práctica de las consecuencias de asumir que esa constante histórica nos devalúa como seres humanos. Nos devalúa materialmente a quienes somos parte, diría Bourdieu, de los dominados; pero nos devalúa moralmente a todos: porque diariamente mueren miles de personas para garantizar que esa constante siga vigente. No es, en absoluto, complicado de entender.

Cada cual, en su condición singular, subjetiva, concreta y local debe asumir las específicas tareas que podrían derivarse de dicha puesta en práctica. En mi condición de docente e investigador universitario (occidental, español, en el siglo XXI) considero que ello pasa por dinamitar los presupuestos epistemológicos que dan entidad a la ideología que sostiene al sistema de producción capitalista. No percibo la entidad que podría adquirir a fecha actual un sujeto colectivo revolucionario que cumpliera la función análoga a aquella a la que estaba destinado, según Marx, el proletariado, no obstante, asumiendo la fragmentación existencial, la profunda individualización, en la que nos sume el régimen de funcionamiento de la sociedad capitalista global, la tarea inminente en el ámbito local y pertinente es propiciar la creación de unas herramientas de comprensión y acción que faciliten la eventual constitución de dicho sujeto.

De este modo, la tarea permanentemente postergada, en el ámbito de la ciencia sociológica, es la construcción de un sustrato epistemológico que, rompiendo con las categorías y presupuestos heredados, sirva de plataforma para generar acciones colectivas que traten de superar, en la práctica, la ficticia inevitabilidad de este tipo de sociedades articuladas en torno al mecanismo económico capitalista. Esto implica una renovación radical de las categorías de análisis, de las perspectivas y enfoques y, más profundamente, de las intenciones que las animen. Instalados en la beatífica creencia en una ciencia social neutra, pura e inmaculada (“científica” en el pernicioso sentido de liberada de subjetividades e intereses, de naturalizadora de los objetos sometidos a su observación e intervención, carente de ideología y de intenciones políticas), la mayoría de los científicos sociales se han embarcado en investigaciones conformistas con, y conformadoras del orden vigente. Presuponiendo que los fenómenos, acontecimientos, mecanismos, procesos a los que dirigen su atención son datos preexistentes de los que tan sólo es necesario analizar minuciosamente su constitución y naturaleza, su evolución y proyección, su condición efectiva, han dejado de lado la tarea de cuestionar si se trata de realidades más bien aborrecibles que deseables, hechos quizá a erradicar. Lo cierto es que se ha logrado, como proyecto generalizado, una sociología desideologizada (o más bien, invisiblemente ideologizada en beneficio del consenso y del mantenimiento del orden vigente y en detrimento de la crítica y la pretensión transformadora), despolitizada y desmovilizada. Y esto, sin duda, es otro de los logros que cabe atribuir a la extensión planetaria del modo de existencia capitalista, de sus procesos materiales y de la ideología que los sustenta, impulsa y alimenta.

Esta desmovilización generalizada de la ciencia social, de la sociología es, al menos en parte, consecuencia de la extensión creciente de una determinada forma de asumir, generalmente de modo implícito e inconsciente, en qué consiste producir conocimiento; una forma de proceder en la que, finalmente, se ha impuesto de manera absoluta el esquema de procedimiento propio de las ciencias naturales. Esa forma de proceder es, precisamente, la que se articula sobre un sustrato epistemológico que es necesario poner en cuestión, en suspenso, revelar en su arbitrariedad, abandonar y sustituir por nuevos fundamentos, más humanos, más íntegros y claramente más comprometidos con nuestra existencia colectiva.

Ahora bien, la tarea es ardua, pues estamos hablando de unas estructuras cognitivas o, mejor, de unos esquemas sustentadores de ciertas estructuras cognitivas que portamos como legado de una cultura milenaria. Es evidente que en el decurso histórico que transita de la Grecia clásica a las sociedades europeas del XVI, XVII o XVIII se dan toda una serie de rupturas, desviaciones, meandros e incluso retrocesos que no permiten hablar en absoluto de un proceso evolutivo continuo; pero no es menos cierto que en esos orígenes clásicos se inscriben ya los fundamentos de lo que habrá de depararnos la ciencia moderna, su progreso irrefrenable, el crecientemente acelerado avance de sus alcances y descubrimientos, para llegar, a fecha actual, a la absoluta colonización de nuestra experiencia cotidiana, a todos los niveles; quiero decir: cualquier acto de nuestra

existencia, hasta el más ínfimo, es susceptible de ser cuestionado si no se está en condiciones de dar cuenta de él en los términos en los que el método científico dicta que han de ser representadas las cosas. He ahí un primer principio puesto en juego, el de representación.

Las cosas son lo que son; y nuestra capacidad de acceso a ellas depende de la fiabilidad, empíricamente contrastable, con la que nos las representemos. Este presupuesto forma parte de esa herencia cultural y se inscribe en el imperialismo cientifista que gobierna nuestra existencia. Estamos supeditados al imperio de la lógica sistemáticamente causal amparada en verificaciones, contrastaciones, con una realidad objetiva que, siempre incólume ante nuestras actuaciones sobre ella, actuará como verificador último, de sí misma y de nuestra capacidad de representárnosla.

Hay diversos aspectos involucrados en esta cuestión, que sólo anticiparé brevemente de momento, puesto que antes hay que dejar constancia de que no es en absoluto aleatorio que una crisis económica pueda suscitar la necesidad de una renovación epistemológica en el ámbito de las ciencias sociales (una de las cuales es, precisamente, la ciencia económica).

El principio de representación se anuda indisolublemente a toda una serie de presupuestos que, en última instancia, se activan mediante principios de oposición. Estos presupuestos son el objetivismo, el naturalismo y el empirismo deductivo (permítaseme la aparente contradicción al asociar ambos términos); y los pares de oposiciones, cuya enumeración se tornaría infinita (individuo/ sociedad, cuerpo/ mente, sociedad/ naturaleza, verdad/ mentira, bien/ mal, positivo/ negativo, progreso/ retroceso, etc., etc., etc.), pueden ser expresados de manera sintética, en lo que a los fundamentos epistemológicos de los que son expresión se refiere, en la oposición sujeto/ objeto. Este es el esquema de partida sobre el que quisiera plantear la anunciada “paráfrasis de una epistemología heterodoxa”. No obstante, es imperativo abordar una tarea previa.

El mercado somos todos: la normalización invisible

La conexión entre una crisis financiera de alcance planetario y la necesidad de una reformulación epistemológica en las ciencias sociales, entre un “hecho” y una propuesta normativa, se puede exponer de manera sucinta tomando en consideración dos cuestiones que plantea Michel Foucault (1992/96, 2008), que remiten a las “técnicas de normalización” y a la imposición de una “gubernamentalidad neoliberal”, por una parte, y que se traducen, por otra, en una economización de nuestra existencia colectiva y una medicalización de nuestras estrategias subjetivas.⁴

En última instancia, estamos hablando de una evolución “compacta”, que según Foucault arranca a mediados del s. XVIII, que despliega una cierta lógica y práctica en el ejercicio del poder y que hace verosímil que a principios del s. XXI una crisis financiera (focalizada en su origen y sus desencadenantes) sea extensible al conjunto de la población (potencialmente planetaria) como una cuestión de su existencia cotidiana, en la que tienen parte activa y responsabilidad. Algo impensable, en su constitución y manifestación, hace algunas décadas... por cierto.

⁴ Cabe decir que en lo que sigue los mecanismos que se supone articulan las lógicas de dominación de las que se trata parecen hacer abstracción de algo fundamental, las prácticas cotidianas encarnadas por agentes concretos; si bien el análisis foucaultiano es muy fértil, especialmente para la cuestión que queremos tratar, a la hora de articular a partir de él propuestas definitorias de “estrategias de intervención/resistencia” efectivas necesitaríamos proveernos de una teoría de la acción, o de la agencialidad, de la que su análisis carece. En este sentido, la combinación de dicho análisis con las propuestas de Bourdieu (1991, 1999) nos parece fundamental.

Por una parte, y factor cronológicamente precedente, la modalidad de ejercicio del poder político transitó desde unas técnicas basadas en el ejercicio explícito de la coacción, en la visibilidad de la fuerza y en la capacidad de prohibición (mecanismo de conjunto que actúa homogéneamente sobre grupos y colectividades) hacia otras que se articulan sobre la base de un conocimiento, catalogación, seguimiento continuo, clasificación precisa que actúa individuo a individuo, y sobre todos y cada uno de ellos. En todos los ámbitos de competencia del poder político se establecen criterios de definición normativos, es decir, estados “óptimos” que sería deseable cumplir, dicotomizando, entonces, a partir de una “norma” el espacio de lo posible entre los que se ajustan y los que no a la norma (y subsecuentemente, que es lo que permite el cómputo y la clasificación, en qué grado se da, o no se da, dicho ajuste). La constitución de la norma, su definición, y la clasificación en función de ella de los individuos es establecida por diferentes saberes expertos. Se instaura una lógica según la cual la pretensión de “normalidad”, en todos aquellos ámbitos en los que es competente el poder político, regula el comportamiento de los individuos, y lo hace bajo la sanción de un saber experto que dictamina, tanto la norma a la que ajustarse, como el ajuste o no de cada cual.⁵ La ciencia médica se erige en ese momento en uno de los principales dispositivos activados por estas técnicas de la normalización. Expresión inicial de ello, según lo muestra Foucault (2007), es la pericia judicial psiquiátrica, cuyo objetivo es dictaminar si un acusado se ajusta o no a la norma de salud mental, al objeto de poder aplicarle, o no, la pena por el crimen cometido. Pero más extensamente y a fecha actual, la normalización médica de nuestra existencia, nuestra catalogación, clasificación, ordenación jerárquica, discriminación, la incorporación en modo de prácticas, pretensiones, actitudes, de la norma de la salud abarca la casi totalidad de nuestras esferas de existencia cotidiana⁶ (prevención de riesgos laborales legislación anti-tabaco, normativas de tráfico, seguros de accidentes, prácticas sexuales... en todo ello interviene decisivamente la norma médica de la salud).

Estas tecnología de la normalización, por lo tanto, focalizan su intervención en la escala individual, y tienen pretensión de exhaustividad. Instauran normas según las cuales se regulan las actividades, las pretensiones, las legitimidades; las conductas y las evaluaciones, por decirlo esquemáticamente. El ámbito de incidencia es general pero, a la par, infinitamente diferenciado, individuo a individuo. Y en esta lógica de la individualización se articula la segunda cuestión antedicha, la gubernamentalidad neoliberal, que surgirá con cierta posterioridad.⁷

⁵ Cabe observar que, en esta mutación de la modalidad en la que se expresa y manifiesta el poder, aquel que no se ajusta a la norma (según el dictamen del saber experto que la establece y, a partir de ella, evalúa) no recibirá una sanción punitiva, sino, muy al contrario, medidas correctivas, terapéuticas, curativas.

⁶ El culto extensivo a la estética corporal no es sino una manifestación, desplazada de su plano original de incidencia, de esa vigencia de la norma médica de la salud. La normalización médica tiene por objeto de intervención nuestro cuerpo, y, a partir de ahí, se desarrollarán toda una multiplicidad de tecnología de normalización secundarias que, asociadas a la propiamente médica, depositarán en nuestra corporalidad los sedimentos del poder normalizador que nos regula.

⁷ Conviene establecer, al respecto de lo expuesto, dos matizaciones. La primera tiene que ver con una reorganización de conjunto de los saberes puesta al servicio de esta tecnología del poder, reorganización que permite el tránsito de los diversos espacios de conocimiento desde la lógica de la búsqueda de la verdad (impulso inscrito en el origen del campo, cualquier campo, del saber) a la de la instauración de la norma. La dinámica se encuadra en lo que Foucault define como “poder disciplinario”: «Las disciplinas sostendrán un discurso que... será (...) el de la regla natural, es decir de la norma. Definirán un código que... será (...) el de la normalización: se referirán a un horizonte teórico que (...) será (...) el dominio de las ciencias humanas, y su jurisprudencia será la de un saber clínico» (Foucault, 1992:47). Esa inscripción “clínica” del saber en la mecánica del poder se opera mediante la antedicha “reorganización” (estatal, política) de los saberes: «...en estas luchas, en estos intentos de anexión que son al mismo tiempo intentos de generalización, el Estado intervendrá directa o indirectamente, con cuatro grandes procedimientos. En primer lugar mediante la eliminación y descualificación de los que se podrían llamar pequeños saberes inútiles e irreductibles, económicamente muy costosos; en segundo lugar mediante la normalización de estos saberes entre ellos, que permitirá adaptarlos unos a otros, hacer que se comuniquen, echar abajo las barreras del secreto y de la limitación geográfica y técnica, en suma, hacer intercambiables, no sólo los saberes sino también sus poseedores. En tercer término mediante su clasificación jerárquica, que permite de algún modo que encajen unos en otros, desde los más particulares y materiales, que serían los saberes subordinados, hasta los más generales y formales, que serían las formas de saber más desarrolladas y directrices. Cuarta operación, por fin,... centralización piramidal de los saberes, que permite su control, que asegura las selecciones y que permite transmitir de abajo hacia arriba sus

Esta gubernamentalidad procede a reconstruir los principios político-económicos propios del liberalismo clásico. El anticipo sería el ordoliberalismo alemán de postguerra (Foucault, 2008). Se promulga una condición del Estado, de la política, absolutamente subsidiaria de un mercado que se entiende como regulador definitivo de la vida social. No se tratará ya tan sólo de impedir que el mercado sufra perturbaciones extrínsecas promovidas por la acción gubernamental, cual era el caso del liberalismo tradicional, no se tratará de reducir al mínimo la intervención del Estado en la economía. Al contrario, se tratará de promover un intervencionismo, y un intervencionismo permanente del Estado, de la política en la economía, cuyo objetivo es garantizar que un mecanismo económico que se entiende como primordial, como razón de ser del mercado, la competencia, llegue a poder actuar libremente, y al hacerlo, al mismo tiempo, se constituirá en principio de legitimación de la acción política.⁸ La propuesta se sustenta por el hecho de que ese mercado, definido primordialmente por la lógica de la competencia (no del intercambio) no es un “dato natural”, posee una lógica interna, efectivamente, que debe cumplirse, pero para ello hay que hacer efectivo lo que, de partida, sólo es un principio formal y que, por tanto, debe ser construido. El salto es doblemente brutal: el mercado ya no es ese espacio natural presupuesto que debe ser preservado; luego, se postula la necesidad de su construcción (y de su mantenimiento, que debe atender a la lógica formal que le es propia); y en segundo lugar, de ello se deriva, como en una especie de transición invertida, que ese principio formal, artificial, pasa de ser un espacio autónomo que no debe ser perturbado a constituirse en el fundamento último del orden social y de la legitimidad política.⁹

Bien, no me parece descabellado asumir que una lógica gubernamental que postula al mercado, basado en la competencia, como regulador definitivo del orden social y una técnicas de normalización extendidas al conjunto de las actividades sociales configuran un escenario en el que individuo, competencia, desigualdad, salud, como principios de acción política y normas de regulación, hacen factible que hayamos llegado a dónde hemos llegado.

En un intento de traducción, diría lo siguiente: nos hemos acabado instalando en un mundo en el que la economía (ingenuamente para cualquiera, presupuesta como un espacio de competencia que dota de legitimidad a lo demás para los más interesados) es la verdad última a la que supeditamos nuestro destino; pero como

contenidos y de arriba hacia abajo las direcciones de conjunto y las organizaciones generales que se quiere hacer prevalecer”. (Foucault, 1996:148-149). Más aún, esta reorganización cumple un papel fundamental, en la interconexión del saber y el poder, en tanto que “regulariza” los procesos de discusión y disputa (no estrictamente, ni mucho menos, cognitivos): «Cuanto más regularmente se forma el saber, tanto más será posible, para los sujetos que hablan en él, separarse según líneas rigurosas de enfrentamiento, y tanto más será posible hacer funcionar los discursos así enfrentados como conjuntos tácticos diferentes dentro de estrategias globales (dónde no sólo se tratará de discursos y realidades, sino también de poderes, de estatutos, de intereses económicos). En otras palabras, la reversibilidad táctica del discurso es una función directa de la homogeneidad de sus reglas de formación. La regularidad del campo epistémico, y la homogeneidad en el modo de formación del discurso, es lo que hace que éste sea utilizado en las luchas, que son, por su parte, extradiscursivas...» (Ibíd.:170-171). La segunda matización nos insta a señalar que la disciplina y normalización individualizadora (que se inscribe en los cuerpos, en los organismos particulares, fundamentalmente mediante estrategias de vigilancia y adiestramiento) es sólo una de las dos vertientes de esta gubernamentalidad normalizadora; la otra vertiente alude a la “biopolítica”, que implica una tecnología del poder distinta, que opera en un plano y en un nivel distinto, que tiene un objeto distinto, y cuya función normalizadora, en lugar de disciplinaria es reguladora (no busca el adiestramiento, sino la prevención de riesgos, la seguridad). La biopolítica, lejos de individualizar, hace transitar la mecánica del poder hacia, no el hombre-cuerpo (individualizando), sino hacia el hombre-especie (masificando); insta, por ser esquemáticos, una preocupación por la regulación de la vida (en términos rigurosamente biológicos) colectiva; se dirige a la “población”, como conjunto biológico susceptible de ser manipulado de manera global mediante procesos de vida característicos, estadísticamente contrastables (Foucault, 1992:247-273). La biopolítica, segunda vertiente de las tecnologías normativas, queda al margen de nuestras consideraciones en este texto.

⁸ Para el liberalismo clásico el principio fundamental del mercado era el intercambio, y eso era lo que el poder político debía preservar. El intercambio supone un encuentro, económico, entre iguales; al desplazar el principio del mercado del intercambio a la competencia, lo que se insta ya en principio como definitorio del sistema capitalista es la desigualdad, la pugna entre desiguales.

⁹ El hecho de que la Alemania de postguerra, con la herencia del nazismo, no pudiera apelar a principios históricos para la fundamentación de la legitimidad política del Estado tendría mucho que ver, según Foucault, con la instauración del mercado como sustituto de dicha carencia para justificar la legitimidad del Estado que había que reconstruir.

pocos sabemos de economía (un saber experto crecientemente sofisticado en sus formulaciones, sus discursos, sus estrategias; un saber-poder normalizador) nos vemos supeditados a entenderla en función de lo que los expertos afirman de ella. Esa doble supeditación, además, nos constituye como individuos autónomos, regulables y regulados por saberes normalizadores, entre ellos el de la medicina, que se suma, en este caso, al de la economía (entendida no como “realidad” sino como disciplina del saber). De tal modo que, cuando acaece un fenómeno, específica y distintivamente, económico, como la actual crisis, estamos prontos a asumir que eso repercutirá en el conjunto de nuestra existencia, que lo hará de la manera y modo, dada nuestra ignorancia, que pronostican los expertos economistas, y que todos estamos comprometidos en la superación de la misma porque de ello depende nuestra existencia en su conjunto. Y además, lo hacemos supeditados a la normalización médica de la salud; con lo cual, pese a lo catastrófico, en definitiva no pasa nada (era ese el desencadenante de mi perplejidad) porque siempre podemos derivar nuestra condición individual, frente a la penuria económica, al amplio panorama normalizado por la ciencia médica: en última instancia, aunque nuestra vida entera se pueda desmoronar, porque se desmorona la economía, si preservamos la salud, según la norma médica, continuaremos manteniendo nuestra integridad como individuos. He ahí uno de los (paradójicos) efectos de las técnicas políticas de normalización.

En última instancia, economía y medicina conjugan sus potencialidades normalizadoras, aúnan esfuerzos, siempre que las condiciones de funcionamiento del sistema lo propicien; en una situación de crisis (en este caso económica), es posible desplazar de uno de los planos al otro el conjunto de las estrategias de disciplinamiento para garantizar la pervivencia de aquello que con su acción construyen ambas: nuestra individualidad (pues al final, lamentablemente, el ejercicio inducido es éste: preservar nuestra condición individual, con todas las potenciales que pueden ser activadas a partir de ello si asumimos esa asignación).

El problema, o, mejor, la trampa, es que nunca hemos sido individuos; nos han construido, nos han ido construyendo como tales; pero, al igual que el mercado, el individuo es un artificio que circula por esos mecanismos de normalización que soportan la pervivencia de un sistema capitalista activado, a fecha actual, por la gubernamentalidad neoliberal. Y de aquí pasamos, al fin, al asunto central.

Entre el cristal y el humo: la paráfrasis

Hasta aquí, la exposición del desencadenante que suscita, tras la perplejidad, una honda inquietud y, a continuación, la reactivación de un proyecto postergado. Si bien el análisis foucaultiano nos sirve de indicativo u orientación para cobrar una cierta perspectiva diferencial, yendo al transfondo, se queda en la superficie. Evidencia una lógica más o menos, digamos, “estructural”, a partir de la cual puede cobrar un cierto sentido el estado actual en el que, al menos quien escribe, se encuentra. Pero, ni propone una agencialidad expresa en esa dinámica que describe (de manera magistral), ni alude a los condicionantes de fondo que la propician. Si se quiere, se queda en el régimen de los epifenómenos, y en un régimen altamente normativo y discursivo. Hace falta, en primer lugar, agregar al escenario una cierta “condicionalidad de fondo” y, en segundo lugar, una “agencialidad específica”.

Me detendré, sobre todo, en lo primero. Que las técnicas disciplinarias y normalizadoras sumadas a la gubernamentalidad neoliberal propicien que, primero, una crisis financiera pueda alcanzar dimensiones extraeconómicas y planetarias y, segundo y más importante, que ello no desencadene movilizaciones, manifestaciones, desafecciones, rupturas y reacciones más o menos cruentas (aunque algo de eso, cierto, si se ha dado; sus repercusiones han sido rápidamente amortiguadas¹⁰), puede ser debido a un prolongado proceso de “ad-

¹⁰ Me refiero a los acontecimientos que se han suscitado en Grecia, principalmente protagonizados por estudiantes; de los cuales, al menos aquí, tras el estallido inicial y los disturbios subsiguientes, hemos dejado de tener noticia.

hesión dóxica”, que diría Bourdieu (1999), a un substrato epistemológico que condiciona fundamentalmente nuestras capacidades de percepción, apreciación y acción. Somos, por decirlo breve, escueta y, seguro, apresuradamente, prisioneros de la “condicionalidad positivista”. Y aquí quisiera retomar lo anticipado previamente al apartado precedente.

Principio de representación. El mundo, lo existente, la “realidad” es un algo consistente en sí mismo, externo, ajeno e indiferente a su potencial conocedor, dotado de entidad sustantiva, de solidez ontológica; y el único modo de acceder a él es proyectar nuestras capacidades cognitivas (abstractas, internas, intangibles) sobre ello hasta el punto de crear un “facsímil” que, con la mayor precisión posible, recoja la “esencia” de esa externalidad. Conocer un árbol implica la capacidad de dibujarlo, con la mayor precisión posible, sobre un papel; recrear sus proporciones, su perfil, sus colores (dejando de lado, por ejemplo —pues queda al margen de la observación directa, de la que se supone, en principio, es instrumento de acceso privilegiado a la representación cognitiva—, su constitución atómica, su funcionalidad química interna, su intercambio nutricional, a través de las raíces, con el medio, sus ciclos de renovación de las hojas, su longevidad, si surgió espontáneamente o fue fruto del deseo de una niña que quería plantar una semilla, si siente, o si podría de algún modo contar una historia... el dibujo, simplemente, representa al árbol, luego denota un conocimiento del mismo...).

Objetivismo. No es sino el principio de representación volcado sobre la presupuesta rotundidad ontológica de lo presuntamente conocido (el árbol). Aquello que deseamos conocer es un “objeto”, una cosa, una entidad con propiedades intrínsecas y distintivas, con independencia de nuestra pretensión de conocerlo, que nos antecede y persiste incólume antes y después de nuestro acto de conocimiento. No tiene que ser materialmente tangible; basta con recrear regularidades perdurables en el tiempo que manifiesten una persistente resistencia a ser transformadas (¿el amor?). El objetivismo indica que la capacidad humana de conocimiento se enfrenta a entidades (materiales o no) externas a su conocedor y dotadas de la capacidad de mantenerse sin alteración ante el acto de conocimiento que se proyecta sobre ellas.

Naturalismo. No sólo conocemos, representamos, objetos-cosas, sino que las mismas, al margen de su exterioridad e indiferencia ante nuestra acción de conocimiento, son portadoras de una dinámica endógena, no programada ni decidible; un “ímpetus” derivado de esa su constitución ontológica que las hace, inevitablemente, hacer lo que están destinadas a hacer. Poseen una lógica interna de desenvolvimiento. Eso sí; está sujeta a regularidades, recurrencias, querencias específicas que son, precisamente, las que nuestra representación ha de detectar. Su “naturaleza” las obliga a hacer, necesariamente, ciertas cosas y a no poder hacer, necesariamente, otras. No hay margen para la arbitrariedad, el azar o la incertidumbre.

Empirismo deductivo. Esta cuestión se anuda, quizá, en los debates más encarnizados de las discusiones epistemológicas; curiosamente, porque es la vertiente metodológica consubstancial e ineludible. De lo que se trata es del procedimiento de verificación que garantiza que la representación del objeto se adecúa, efectivamente, a la naturaleza constitutiva del objeto representado. Hay dos vías de garantía, formalmente, pero que son exactamente la misma: si nuestros esquemas representativos de partida constituyen un corpus consistente, podremos proyectarlos por anticipado sobre los objetos y “deducirlos”, por su necesidad; si nuestros esquemas representativos de partida constituyen un corpus garantizado por la experiencia pretérita, seremos capaces de ofrecer una representación adecuada de cualquier objeto novedoso que se nos presente. La prueba empírica es ineludible (el objeto natural o la naturalidad objetiva debe dictar, con su presencia irrevocable, un veredicto definitivo), y la validez de nuestro aparato representativo debe estar garantizada (ante cualquier objeto debemos ser capaces de construir una representación pertinente). La cuestión se reduce al hecho de que “conocer” implica una acción que ha de circular, en un sentido o en otro —y preferentemente en ambos simultáneamente—, entre los presupuestos lógicos de la inducción y la deducción, con la prueba empírica como garante del éxito de dicha circulación. La prueba empírica no significa más que el objeto, cosa, natural, se pliega, sumisamente, a nuestra representación, dice, sin decirlo “sí, soy eso”.

Dualismos sintetizados en la oposición sujeto/ objeto. Aquí llegamos a la dimensión crucial de un esquema en el que todos los ingredientes están indisociablemente imbricados. Y precisamente por ello, procuraré no abundar demasiado en la cuestión, sino dejarla simplemente apuntada, pues todo lo precedente es, más o menos, su arquitectura, para pasar a lo siguiente. En toda esta escenografía epistemológica, lo que se “mueve”, lo que toma partido y hace funcionar el conjunto, es el hecho de que conocer implica un acto en el que se conectan dos polos (y los voy a anunciar de este modo, improcedentemente, para anticipar las cuestiones que se derivan de ello): una entidad abstracta, universalmente portadora de una aptitud (cognitiva), un sujeto (ámbito abstracto e intercambiable de una potencialidad cognoscente), y otra concreta, empíricamente contrastable, inamovible, externa, ajena, catalogable, dotada de una entidad ontológica desciftable, un objeto (ámbito concreto e insustituible de una realidad cognoscita).

Digamos todo esto de otro modo. Vivimos en un mundo (uno que arranca hace milenios) poblado de seres humanos dotados de la capacidad de existir y, además (aquí empieza el problema) de representarse de determinado modo ese su existir. La duplicación del mero existir con su reflejo representativo genera la intención cognoscente; y esta se encauza de un modo específico. Somos (seres humanos) al tiempo que nos sabemos siendo; y ello en un entorno poblado de muchas otras cosas. Esa dualidad insta la fractura epistemológica (propia y específica de la cultura occidental) que conduce a un cierto sentido de lo que implica algo que, a fin de cuentas, no es más que una práctica humana entre otras, el conocimiento, una de las vertientes de esa dualidad. A eso, ciertamente, es imposible renunciar. Ahora bien, el objetivismo naturalista representativo empírico deductivo (ONRED) ha hecho circular esa inevitabilidad en un cierto sentido; sentido en el cual la crisis financiera actual, objeto puesto y dispuesto ante nuestras capacidades cognitivas, ha sido dotada de cierta entidad. Una entidad objetiva y natural resultante, a su vez, de la naturalidad objetiva del mercado (según lo formula y hace existir la teoría neoliberal, junto con las políticas e ideologías que, a su vez, lo hacen funcionar). La cosa-crisis está puesta, como evidencia incuestionable por la ciencia económica, que es la que en este caso asume la tarea de ese sujeto cognoscente universal e intercambiable. El presupuesto es que si todos supiéramos economía (si tuviéramos, de hecho, esa capacidad cognitiva que se nos otorga de derecho en tanto que sujetos) no podríamos sino ver, evidentemente, la objetiva naturalidad de la crisis y asumiríamos, con conocimiento experto, que ese “objeto” es como tiene que ser, y que de su adecuado conocimiento (representación) se deducen las consecuencias prácticas que nos permiten actuar de manera adecuada frente a él. La crisis-cosa, en su rotundidad ontológica, nos ha de obligar, inevitablemente, como sujetos, a asumir nuestra responsabilidad (cognitivamente fundada) en la práctica. Por eso, haremos, sumisa y disciplinadamente, lo que los expertos recomienden; nos atrapa nuestra ignorancia.

Diversas fracturas, marginales, minoritarias, acalladas, de ese flujo prioritario del ONRED se inscriben, entre otras, en la propuesta que da título a este trabajo, entre el cristal y el humo (Atlan, 1990): una ruptura con la lógica de la dualidad y una puesta en cuestión de toda esa arquitectura epistemológica. Hay otras, portadoras de etiquetas convenientemente asignadas por la crítica que dicha arquitectura ha construido para neutralizarlas (subjetivismo, relativismo, constructivismo y alguna más). Todas cuestionan el nudo neurálgico: la falsedad de esa dualización representativa que dibuja un sujeto de conocimiento netamente separada de su objeto conocido; y a partir de ahí, el sentido del conocimiento, del conocimiento humano en tanto que acto. Conocer no es representar; conocer es estar activamente en el mundo, afectándolo y siendo afectado por él, generando y sufriendo consecuencias por ello. Es interferencia, es incertidumbre que se recorta en nuestra existencia como una urgencia para actuar, es creatividad. El sujeto de conocimiento no es un universal, una entidad abstracta de validez universal; el sujeto de conocimiento no existe. Existen millones de sujetos singulares que, al mismo tiempo, son agentes, seres humanos instalados en una existencia concreta que implica hacer cosas, tomar posiciones, amar, odiar y tener preferencias imposibles de representar.

Por lo tanto, esta crisis merece ser pensada de otra manera, una manera constructiva y creativa que nos haga emerger como auténticos sujetos, sujetos-agentes portadores de la capacidad de inventar el mundo en el que viven, de rechazar la injusticia, de denunciar la obscenidad de unos presupuestos que son magníficos

para 300 personas y matan a millones de otras. Hemos de actuar sobre la base de otra arquitectura epistemológica, una que, efectivamente, haga del actuar la condición de nuestro conocer.

Tomemos el objeto crisis. Es la resultante de la dinámica de un objeto mercado que se presupone autónoma. Rechacemos los presupuestos de fondo y pensemos las cosas de otro modo. Supongamos que, fruto de una enigmática y poderosa influencia todos los consumidores del planeta decidieran dejar de consumir, todos los productores de producir y todos los inversores de invertir. Un acto humano colectivo y global de inacción. El mercado, la economía, simplemente se desvanecería, dejaría de existir. Es muy simple, ¿no creen?: “todo fenómeno económico no es más que un determinado tipo de acción social” (Morón, 1985:76). Son, somos, los seres humanos los que construimos lo económico, el mercado, al involucrarnos cotidianamente en actos, acciones, prácticas efectivas de naturaleza económica. Suprimamos esa agencialidad y suprimiremos, de un plumazo, la economía. Es muy sencillo; el mercado no es un objeto, es el agregado, formalizado por la ciencia económica, que resulta de la conjunción de infinitas acciones humanas, cotidianas y persistentes. El mercado es un gran sujeto colectivo al que todos contribuimos diariamente. Y, por supuesto, la influencia relativa en su dinámica de cada agente individual es muy dispar. Yo he influido muy poco en el desencadenamiento de la crisis financiera mientras que algunos otros agentes han sido decisivos; son ellos los que han creado, construido, voluntariamente o no, esta crisis que ahora sobrevuela sobre todos.

Del mismo modo que podemos pensar esta crisis financiera de un modo distinto, dándole vuelta al ONRED, así podremos hacer ante cualquier otra realidad a la que nos enfrentemos. Ahora bien, ¿qué presupuestos epistemológicos alternativos se trataría de promover? Pueden ser muy diversos; la disolución de las dualidades constitutivas del ONRED, en cualquier caso, es decisiva; la reconstrucción de un sentido del conocimiento como práctica humana también; así como asumir, como condiciones constitutivas de esa práctica, la incertidumbre, la creatividad y su inevitable interferencia sobre aquello en lo que se implica o proyecta. Conocer implica una práctica de interferencia con lo conocido de la que resulta una alteración mutua y, con ello, una indistinguibilidad, una interpenetración, una reconstitución recíproca. Y por supuesto, todo esto no es nada neutro, obedece tanto a intereses y preferencias como a valoraciones, sentimientos y emociones... porque, por encima de todo somos seres humanos, dotados de todo ese arsenal constitutivo (y no frías máquinas de cómputo racional).

Una epistemología heterodoxa, en consecuencia, pasa por llevar a primer plano la condición humana, humanamente precaria y magnífica, de quien, quienes, la decidan, asuman y pongan en práctica.

De la paráfrasis a la práctica teórica radical

He desarrollado en diversos textos mi particular propuesta al respecto, propuesta que se conceptualiza como “transductividad” (Ferreira, 2005, 2007), que recoge ciertas aportaciones del reflexivismo sociológico y las conjuga con la noción de *habitus* de Bourdieu (1991, 1999). En esos textos, la propuesta se construye en un plano abstracto, representativo, como esquema programático para reconsiderar el sentido que la ciencia sociológica asigna al conocimiento y los presupuestos epistemológicos que en ello pone en juego. Conocer es un pensar/actuar en el que estamos implicados cotidianamente y que, más allá de cualquier formalismo que lo traduzca suprimiendo la dimensión activa, sólo es posible gracias a nuestras capacidades creativas, por una parte, y a nuestras selecciones arbitrarias, por otra.

Sólo podemos conocer aquello con lo que nos relacionamos de manera práctica; sólo podemos conocer modificando prácticamente lo conocido, imprimiendo en ello nuestras intenciones, preferencias, emociones, etc. y siendo influidos por lo conocido, afectados en nuestra constitución. Generamos anticipaciones, aplicamos intuiciones, deseamos ciertas cosas y otras no; nos movilizamos de manera práctica con toda una serie de condicionalidades que nos hacen incapaces de captar ciertas cosas y capaces de aprehender otras; lo que captamos o aprehendemos, en la búsqueda práctica en la que nos instalamos, modula, como efecto práctico de nuestro estar en el mundo, nuestras condicionalidades ulteriores; se trata de un proceso permanentemente

recursivo y permanentemente ampliado de interconexión indisoluble entre pensamiento y práctica, en la que el conocimiento es un efecto creativo que nos impulsa y nos mantiene con vida, nos hace ser “personas”.

El conocimiento no es más que una frontera permanentemente modificada entre el ser humano y el mundo que se instaura y reinstaura una y otra vez como resultado de nuestra práctica cotidiana. Muy sucintamente, éste es el esquema propuesto en su dimensión puramente conceptual, por lo tanto insuficiente y necesariamente inadecuada. Ahora bien, en ese esquema todavía se enquistan herencias irreductibles del ONRED; una cierta pretensión de universalidad del propio esquema, una categorización que aspira a cierto grado de sistematicidad y, sobre todo, una puesta entre paréntesis de quien lo formula. Cabe una lectura objetivista y naturalista del mismo (como, por otro lado, he tendido a comprobar efectivamente más de una vez). Por lo tanto, la ruptura actual, la práctica teórica radical, consiste en suprimir ese paréntesis.

Quien enuncia y formula ese esquema es un agente dotado de unas determinadas potencialidades, de unas condiciones de existencia concretas, de una biografía particular, de una trayectoria específica. Se trata de un ser humano de la misma entidad que aquellos de los que supuestamente habla; y en esa su condicionalidad y limitación como tal, es fruto de unas condiciones estructurales de producción determinadas; en particular, es portador de un “habitus escolástico” (Bourdieu, 1999), esto es, portador de todos los prejuicios propios de quienes existimos en el ámbito académico, jugador dóxicamente involucrado en un juego de verdad, de universalidad, liberado, hasta cierto punto, de las urgencias cotidianas propias de la mayoría de los seres humanos; tiene el privilegio de poder asumir que una de sus “obligaciones” como tal es conocer más y mejor que sus congéneres a sus congéneres. Su enunciado es posible, tal cual se formula, porque cierto marco estructural de preferencias, cierto esquema adquirido en cuanto a la percepción, la apreciación, la significación y la acción, le ha permitido llegar a él, y no a otro cualquiera. Ha de asumir, en consecuencia, que el alcance de lo propuesto no va más allá de lo que las posibilidades que esas condiciones condicionantes han podido proporcionar.

La práctica teórica radical consiste en suprimir la validez o pertinencia de todo lo dicho y comenzar de nuevo, recogiendo los efectos “transductivos” de cuanto ha resultado en el camino de construir ese discurso y volver a pensarlo, y actuarlo, todo de nuevo. La práctica teórica radical consiste en asumir que, cada día, el proyecto práctico de conocimiento, de conocimiento humano, tiene que desdiseñarse, por principio, de los “productos” adquiridos y cuestionar su pertinencia en un mundo que, habiendo sido modificado por ellos, ha modificado a su vez las capacidades puestas en juego para practicar ese conocimiento. Quien ha escrito estas líneas ya no piensa exactamente lo mismo que cuando formuló, tiempo atrás, ese esquema conceptual y se propone, como objetivo práctico, la crítica radical de la crítica radical que presuntamente había emprendido. La práctica teórica radical consiste en asumir, y llevar a la práctica, que la mera teoría se destruye a sí misma permanentemente; y esa es, creo, una tarea de conocimiento indispensable: ser afectado por el acto práctico de conocer para reformular permanente, y críticamente, sus resultados meramente formales. Mi conocimiento sólo se expresa de manera mínimamente adecuada en mis actos cotidianos; este texto sólo implica conocimiento en la medida que su escritura ha sido, efectivamente un acto práctico; ahora, una vez escrito, ya no tiene sentido (salvo para el acto práctico de leerlo...).

«Una auténtica ciencia de la ciencia no puede constituirse más que a condición de rechazar radicalmente la oposición abstracta... entre un análisis inmanente o interno, que incumbiría propiamente a la epistemología y que restituiría la lógica según la cual la ciencia engendra sus propios problemas y un análisis externo que relaciona sus problemas con sus condiciones sociales de aparición». (Bourdieu, 2008:17)

«...el objeto de la lucha interna por la autoridad científica en el campo de las ciencias sociales, es decir, por el poder de producir, de imponer e inculcar la representación legítima del mundo social, es uno de los objetos de lucha entre las clases en el campo político (...) La idea de una ciencia neutra es una ficción, y es una ficción interesada, que permite considerar científica una forma neutralizada y eufemística (y por lo tanto particularmente eficaz simbólicamente porque es particularmente *desconocible*) de la representación dominante del mundo social». (Ibíd.: 47)

«Lo que aporta el análisis sociológico y que, en cierto sentido, cambia todo, es principalmente una puesta en perspectiva sistemática de las visiones perspectivas que los agentes producen para las necesidades de sus luchas prácticas... y que, a despecho de todo lo que hacen para “universalizarlas”,... encuentran su origen en las particularidades de una posición [determinada]». (Ibíd.: 101)

Superados los presupuestos del ONRED, entonces, la actividad del científico social implica, al mismo tiempo, una labor ampliada de crítica y una limitación substancial de las pretensiones. Una crítica sistemática de los puntos de vista, interesados, que están inscritos en las representaciones oficiales que se pretenden universales (ya sea para el caso de una crisis financiera como para el de la opresión sistemática de determinados colectivos, como las personas con discapacidad); no se trata, pues, tanto de luchar contra las “representaciones” cuanto contra los intereses específicos que las promueven naturalizando lo representado. Y ello con la retención de situarse, a su vez, en la limitación propia de quien, lejos de la omnisciencia, no alcanza a ver más allá de lo que su constitución, su contingencia, su *habitus*, le permite; pues tomando conciencia de esta limitación (exactamente la misma que caracteriza a quienes promueven las representaciones falsamente universales del mundo) se irá mucho más lejos, sin duda, que ignorándola y, por ello, presuponerse un sujeto dotado de la capacidad de transformar el mundo mediante el conocimiento (las ideas), en lugar de un agente implicado de manera práctica en esa transformación por razones muy concretas. Esa ambigüedad constituye parte de lo que habría de ser una epistemología heterodoxa; una epistemología que ya no se constituiría en base a conceptos abstractos, sino a luchas prácticas y estratégicas. Sino, seguiremos creyendo, sin duda, que la crisis es el resultado inevitable de un mundo sobre el que no tenemos capacidad de influencia.

Bibliografía:

- Atlan, H. (1990): *Entre el cristal y el humo: ensayo sobre la organización de lo vivo*, Madrid, Debate.
- Bourdieu, P. (1991): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- Bourdieu, P. (1999): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. (2008): *Los usos sociales de la ciencia*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Castells, M. (1996): *La era de la información (vol. 1: La sociedad red)*, Madrid, Alianza.
- Ferreira, M. A. V. (2005): “La reflexividad social transductiva: la construcción práctico-cognitiva de lo social y la sociología”, *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* 11; pp. 287-303: <http://www.ucm.es/info/nomadas/11/mferreira.pdf>
- Ferreira, M. A. V. (2007): “Un nuevo concepto para la comprensión de la acción social: la transductividad creativa de las prácticas cotidianas”, *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, Vol. 1 (1); pp. 1-16: <http://www.intersticios.es/article/view/611/542>
- Foucault, M. (1992): *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta.
- Foucault, M. (1996): *Genealogía del racismo*, Buenos Aires/ La Plata, Altamira.
- Foucault, M. (2007): *Los anormales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008): *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Morón, R. (1985): “Escasez, necesidad y bienestar: apuntes para una sociología de la economía”, *REIS* nº 30; pp. 69-82.